

Una nueva estrategia

Karl Kautsky

(*Die Neue Zeit*, año XXVIII, volumen 2, 1909-1910)

I Un éxito.....	1
II Los pecados de la redacción de <i>Die Neue Zeit</i>	3
III Distintos tipos de huelga	5
IV Las condiciones de la huelga en Rusia	9
V Las condiciones de huelga en Prusia	12
VI Condiciones de la huelga de masas política	18
VII Estrategia de desgaste y lucha electoral	23

I Un éxito

Luxemburg me ha sorprendido con su respuesta, ante todo por su *modestia*, que supera ampliamente la medida que uno está acostumbrado a encontrar en una persona normal.

Recuérdese que a *principios de marzo* la camarada Luxemburg escribió en artículo en el que explicaba que el medio de lucha de las manifestaciones callejeras está superado: “...las manifestaciones callejeras, ya después de sus primeros impulsos en las últimas semanas, desatan por su lógica interna una disposición de ánimo en las masas, y al mismo tiempo crean objetivamente una situación que a la corta o a la larga *necesitarán indefectiblemente*, de otros pasos y medios *más contundentes*.”

Necesitaríamos ponernos a reflexionar cuál habría de ser nuestro “*próximo*” *medio de lucha*. No podría ser otro que la *huelga de masas*, que “no será seguramente la última palabra de la campaña política que ha comenzado. Pero en él *estado actual de cosas*, con toda *certeza* será su palabra *inicial*.”

De este modo estaríamos frente al siguiente dilema: avanzar a cualquier precio o, de lo contrario, la acción de masas iniciada se derrumbaría infructuosamente sobre sí misma. En esas condiciones, la obligación política del partido sería “plantear con decisión aquella consigna que es la única que permita impulsar hacia adelante la lucha por él iniciada”.

Así decía el 14 de marzo en la *Dortmunder Arbeiterzeitung*. El mismo artículo, sólo que algo más explícitamente desarrollado, había sido ofrecido (aún antes del 6 de marzo) a la *Neue Zeit*. Puedo hacer referencia aquí al mismo, pues la camarada Luxemburg me echa en cara el rechazo de ese artículo. Sobre esto ya nos extenderemos más adelante. Baste decir que todavía hoy la camarada Luxemburg suscribe todo lo expresado por ella en ese momento. Decía también allí:

“La situación del partido en sí momento actual se sintetiza en este dilema: pronto la acción de masas deberá ser impulsada a sobrepasar las simples de asambleas y demostraciones callejeras (y la *huelga de masas* es aquí *el único medio posible dada la situación*) o toda la acción llegará a un punto muerto y, pasado un tiempo, inevitablemente se disolverá en la nada. En realidad un partido que posee el prestigio y la responsabilidad de la socialdemocracia alemana, *ya no tiene ninguna elección*.”

Después que él mismo ha llamado a las masas a salir a la palestra, es imposible que dé el orden de retroceder. Ya no alcanza estirar los labios, hay que silbar. *Con ello el partido queda en situación de poner por primera vez en aplicación la resolución que tomó en Jena hace cinco años, referida a la huelga de masas.*”

Todas estas expresiones sólo podían tener un *único* significado: desencadenar un movimiento poderoso, capaz de destruir todas las resistencias para provocar *lo más rápidamente posible* una poderosa huelga de masa.

Desde entonces han pasado casi tres meses. Pero *en el momento actual* se habla menos de impulsar una huelga de masas como paso inmediato de nuestro movimiento que en la época en que la camarada Luxemburg escribió su artículo. Antes de ese artículo, en Francfort y en Kiel se habían producido principios de huelgas demostrativas. Después de la publicación del artículo ni siquiera se produjeron intentos similares.

A pesar de ello, la camarada Luxemburg declara en su réplica que está “completamente satisfecha” con los resultados de su artículo.

En un comienzo, exclamó: “Estamos perdidos si la huelga de masas no es puesta en marcha inmediatamente.”

Un cuarto de año después asegura triunfante haber alcanzado ampliamente lo que quería, pues en la actualidad *se habla* de la huelga de masas.

Creo que más modesto no se puede ser.

Esa enorme, modestia evidentemente sólo es posible por una llamativa *falta de memoria*. Ella ya no recuerda absolutamente nada de lo que trataba de lograr en marzo con sus artículos. Ahora le parece que sólo tomó la palabra sobre la huelga de masas para... tener la palabra, y que en eso reside su gran triunfo. Con ello habría logrado “romper la prohibición de la discusión sobre la huelga de masas en nuestro órgano teórico, la *Neue Zeit*.”

En realidad, nunca tuve la pretensión de “prohibir” la discusión sobre la huelga de masas. Lo que en marzo declaré inapropiado fue la discusión sobre si era el momento para la huelga de masas. La discusión sobre ésta no fue liquidada por mi “prohibición” sino por las condiciones reales. Incluso la camarada Luxemburg no hace hoy el menor ademán de retomarla. Sin duda, el recibimiento que tuvo su artículo debe haberle demostrado que había elegido mal el momento para su discusión. Después de la publicación de su artículo en la *Arbeiterzeitung* de Dortmund, se había movilizó para hablar sobre la huelga de masas en numerosas asambleas. Pero ello ocurrió de un modo totalmente distinto que en su artículo.

Ahora se remite a la impetuosa aprobación que encontró en esas reuniones. Puedo revelar que yo hubiera participado de esa aprobación de todo corazón. Su conferencia en Francfort ha aparecido ahora como folleto, bajo el título: *Der preussische Wahlrechtskampf und seine Lehren* [La lucha por el derecho electoral en Prusia y sus enseñanzas]. Un excelente folleto, que con gusto recomiendo, pero en el que no aparece ni una palabra de todo aquello que constituye nuestra diferencia. Nada acerca de que la consigna de la huelga de masas deberá constituir nuestro próximo paso, que las demostraciones callejeras como forma de lucha estarían superadas y que habría llegado el momento de poner en vigor la resolución de Jena sobre la huelga de masas. Allí sólo encontramos la indicación de que “en Prusia, en Alemania, también llegará alguna vez el momento en que la reacción morderá el polvo ante el poder de la huelga de masas proletaria [...] La ceguera de estos proletarios llevados de la nariz *no durará eternamente* [...] Cuando se haya acabado el poder del Centro, cuando el proletariado en Alemania esté unido y listo para luchar, *entonces* no existirá poder alguno que *a la larga* pueda oponérsele”.

¿Quién no da una entusiasta aprobación a semejantes palabras? ¿Pero quién podrá creer que la redacción de la *Neue Zeit* se habría opuesto alguna vez a una propagandización de la huelga de masas hecha de *este* modo?

El tipo de propagandización que yo declaré inadecuado y al que me opuse, sólo fue intentado en un artículo por la camarada Luxemburg, y después no fue continuado. Ella *lo ha abandonado voluntariamente* en favor de una forma de consideración de la huelga de masas que yo mismo *le aconsejé*. Al final de mi artículo *¿Y ahora qué?* yo me oponía evidentemente a desencadenar una agitación “que tenga como meta despertar en las masas trabajadoras la expectativa de que en las *próximas semanas* tomemos en nuestras manos crecientes medidas de fuerza y que tratemos de quebrar la resistencia del gobierno por medio de huelgas de masas...” Si la camarada Luxemburg quiere desencadenar con sus sugerencias una agitación *de este tipo*, entonces no podríamos seguirla.

“Otra cosa sería si solamente pretendiera acercar a las masas reflexión sobre la *idea* de la huelga de masas y que se familiarice con ella. Para esto habría elegido evidentemente una forma muy poco afortunada, una forma confusa, pero esto no tendría por qué impedirnos estar de acuerdo con ella con esa intención.”

Pues, continuaba yo diciendo, la situación política está tan tensa que las condiciones para una huelga de masas política, que todavía no existen en la actualidad, podrían presentarse en cualquier momento.

Lo que la camarada Luxemburg hace ahora no es más que abandonar la posición que había asumido primero, orientándose hacia la posición que yo le había señalado. Abandona su posición original sin luchar, pues no vuelve a decir palabra alguna en relación a que en los últimos meses estuvieran dadas todas las condiciones para una huelga de masas exitosa. Sobre esto, ella no *puede* decir nada más pues los *hechos* desde entonces han demostrado de una forma demasiado evidente que había sobrestimado los rasgos favorables de la situación. Ya no exige más una acción inmediata que lleve a la huelga de masas, sino que sólo la discute teóricamente.

Pero si bien ella abandona su posición sin luchar, eso no quiere decir que lo haga sin una gran salva de cañonazos, salva en la que no se utiliza pólvora sin humo, sino que, por el contrario, el objetivo principal es extender una cortina de humo. Así se propone enmascarar el cambio de posición, para que no se note que el gran griterío de victoria que entona concluye en su retirada.

Esto evidentemente no es estrategia de desgaste ni tampoco estrategia del asalto directo, sino una estrategia de tipo especial, para la cual todavía no hay nombre en la ciencia de guerra. Quizás se la podría llamar *estrategia de desconcierto*.

II Los pecados de la redacción de *Die Neue Zeit*

Es decir que el punto de partida de la discusión ha desaparecido de ésta totalmente. La ineludible huelga de masas anunciada en la misma época que el cometa Haley, se ha desvanecido lamentablemente más rápido que éste. Quisiera esta vez haberme equivocado en mi profecía y que la triunfante acción de masas ya se hubiera producido.

Si la camarada Luxemburg quiere llevar ahora a un carril totalmente nuevo la discusión, entonces tengo que protestar contra esto en la medida en que quiere despertar la impresión de que la discusión actual sería la que yo “prohibido” Yo nunca habría obstaculizado el camino a consideraciones como las que la camarada Luxemburg saca a relucir ahora. Una discusión de este tipo me parece tanto más apropiada al haberse

puesto en evidencia que entre los sostenedores de la idea de la huelga de masas existen concepciones bastante distintas sobre la misma. Es indudable que una clasificación no puede hacer daño y es mi intención contribuir a ella. Pero antes que me dedique a estas diferencias objetivas, debo sacar todavía las puntas de algunos dardos con los que la camarada Luxemburg trata de cubrir su retirada.

La camarada Luxemburg se queja por el trato incorrecto que recibió de la redacción de la *Neue Zeit*, la que primero aceptó su artículo sobre la huelga de masas (que luego apareció abreviado en la *Arbeiterzeitung* de Dortmund) haciéndolo tipografiar, para luego finalmente rechazarlo.

Es verdad que ese fue mi comportamiento. Durante un tiempo vacilé frente al artículo; dudaba si debía publicarlo o no. Pero en ningún momento dejé de aclararle a la camarada Luxemburg que consideraba un error su publicación. Desde el comienzo le explicité que me obligaría a una polémica si ella lo publicaba.

¿Pero para qué era necesario salir al encuentro del artículo de la camarada Luxemburg? ¿No se podía esperar tranquilamente a ver si aquél resultaba capaz de desencadenar esa acción de masas que planteaba como el paso siguiente?

No, no se podía esperar.

En la época en que la camarada Luxemburg escribía su artículo, la agitación de las masas estaba lejos por cierto de tener la intensidad necesaria para desatar una acción lo suficientemente enérgica como para llevar una huelga de masas a un final triunfante, pero era lo bastante grande como para que al estímulo de la camarada Luxemburg pudiera desencadenar intentos aislados, experimentos que apuntaban a la huelga de masa; intentos que de acuerdo con la situación tenían que fracasar y deteriorar con ello seriamente el prestigio del partido en las masas. Quien comprendiera esto tenía la obligación de oponer una concepción sensata a las ideas de la camarada Luxemburg.

Tenía además una razón personal para intervenir. Yo fui uno de los primeros que propagó la idea de la huelga de masas en Alemania y que ayudó a que se abriera paso. Con mayor razón aún me creía con el deber de enfrentar una aplicación de esta idea, que en mi opinión era errónea, y que debía comprometerla junto con sus partidarios. La camarada Luxemburg piensa que la agitación de las masas fue tan intensa que éstas habrían hecho a un lado a todos los dirigentes que se hubiesen atrevido a oponerse a la huelga de masas. Yo habría salvado a los dirigentes gremiales de esta incómoda situación. Pero si esta agitación era lo suficientemente intensa como para pasar por encima de todos los dirigentes gremiales, ¿cómo es posible que se haya detenido ante mí, un teórico aislado?

En realidad las cosas son totalmente al revés. Yo no he salvado a los dirigentes gremiales de ser derrotados por la camarada Luxemburg, sino que me he preocupado por salvaguardar la idea de la huelga de masas de la derrota que le hubieran infligido los dirigentes gremiales si la concepción de la huelga de masas de la camarada Luxemburg se hubiera extendido por el país como la única posible.

Si ella hablaba, *tenía* que contradecirla, y ese era el único efecto práctico que podía, producir con su artículo. Lo único que ella podía lograr era que nosotros, marxistas, nos agarrásemos de los pelos si es que se me permite esta licencia literaria para expresarme. Yo quería evitarlo y *por ello* traté de impedir la aparición de su artículo.

La camarada Luxemburg encuentra extraño que yo aceptase su artículo, que incluso lo hiciese componer y que finalmente lo rechazase. Debo confesarle que habían sucedido más cosas: yo ya tenía lista una respuesta a su artículo. Pero la idea de publicar esta respuesta, de enfrentar públicamente a la camarada Luxemburg para diversión de

nuestros adversarios comunes, me repugnó tanto que hice el intento de hacer innecesaria la polémica e inducir a la camarada Luxemburg a renunciar a la aparición de su artículo.

Ahora asiste al triunfo de haberme obligado a la polémica contra ella y con este resultado, el único que alcanzó su artículo, declara darse ampliamente por satisfecha. Si en esto tiene razón son los lectores de nuestras exposiciones los que deben decidir. Tengo que rectificar otra de sus observaciones, sobre mi actividad como jefe de redacción. La camarada Luxemburg escribe acerca de “la intensa reafirmación de nuestra posición *republicana*, una consigna con la que lamentablemente tampoco puede uno aparecer públicamente ni en *Vörrwärts* ni en *Neue Zeit*, mientras que, también en este aspecto, una parte de nuestra prensa provincial (desde la *Arbeiterzeitung* de Dortmund hasta la *Breslauer Volkswacht*) cumple con su deber”.

La camarada Luxemburg está muy equivocada. Yo mismo he subrayado constantemente el carácter republicano de nuestro partido; y especialmente hace un año en *El camino del poder*, ¿y yo prohibiría esta enfatización en la *Neue Zeit*? Ello ni se me ocurre. Lo que lleva a la camarada Luxemburg a su acusación es lo siguiente:

En su artículo sobre la huelga de masas, que inicialmente quería publicar en la *Neue Zeit*, había un pasaje acerca de la república *cuya forma de expresión* me parecía inadecuada. Está claro que en este campo debemos ser cuidadosos por diversas razones. La camarada Luxemburg publicó luego su artículo en la *Arbeiterzeitung* de Dortmund, que “cumple con su deber” en cuanto a la reafirmación de la posición republicana. *Pero resulta inútil buscar en este artículo el pasaje sobre la república cuestionado por mí, y por el cual ahora la camarada Luxemburg se queja públicamente.*

Tampoco he podido comprobar que ella haya publicado dicho pasaje en alguna otra parte. En sus discursos, por ejemplo en el de Fráncfort, subraya la idea republicana bajo la inofensiva forma de echarles en cara a los liberales no haber creado la república alemana en 1848. Sobre la idea republicana ya he publicado tomas de posición mucho más fuertes en la *Neue Zeit*.

El ocultamiento temeroso de principios, que nos encontramos en la camarada Luxemburg se reduce por lo tanto a que hayamos cuestionado un pasaje de su artículo, pasaje cuya publicación desde ese entonces ha dejado de lado por su propia voluntad.

¡Una estrategia de este tipo no es ningún acto heroico, Octavia!

III Distintos tipos de huelga

Hasta aquí el aspecto más personal de la cuestión. Si ahora pasamos al problema de la huelga de masas tenemos ante todo que tratar de determinar qué es lo que piensa sobre esto la camarada Luxemburg. La tarea no es simple.

En la *Arbeiterzeitung* de Dortmund había declarado que las manifestaciones de la “voluntad de las masas” deberían “aumentar, agudizarse, tomar formas nuevas, más eficaces... constantemente. Lo confirman los ejemplos de luchas análogas en Bélgica, Austria Hungría, Rusia, que demostraron en cada caso el incremento inevitable, la progresión de la acción de masas y que recién gracias a este acrecentamiento lograron un efecto político”. Y luego se nombra entre los estados que deben sus grandes éxitos a la huelga de masas, junto a Bélgica, Italia, Suecia, Rusia, también a Austria.

Ante esto me pregunté cómo Austria llegaba a estar en esa lista. En Austria no se había llegado precisamente a la huelga de masas, y justamente Austria demostraría que la rápida y constante agudización de las manifestaciones de la voluntad de las masas no era un requisito imprescindible de la acción de masas proletarias bajo todas las circunstancias.

“Los camaradas de Austria nunca sobrepasaron en su lucha por el derecho del sufragio las demostraciones callejeras, y a pesar de ello su ímpetu no desapareció, su acción no sufrió ningún colapso.”

Frente a esto mi amiga responde:

“El camarada Kautsky se equivoca en relación con los hechos en Austria [...] Pues desde 1898 hasta 1905 las quejas sobre el derrumbe de la acción de masa, sobre el abatimiento de la lucha por el derecho de sufragio, constituyen una nota constante, dominante de todos los congresos partidarios.”

Es decir que primero la camarada Luxemburg nos remite a Austria como un ejemplo en el que la acción de masas triunfó brillantemente por haberse agudizado e incrementado en forma constante. Ahora nos dice por el contrario que la acción de masas en Austria se malogró miserablemente por no haberse agudizado e incrementado constantemente.

Lo uno se opone con lo otro. Pero extrañamente ambos son erróneos.

Lo cierto es que desde 1898 el movimiento por los derechos electorales estuvo inmóvil durante cierto tiempo. Pero esto no se debió a un *derrumbe* sino a un *triumfo*. El primer movimiento por los derechos del sufragio había conseguido al menos, que al proletariado austríaco se le hiciera la *concesión de la quinta curia del derecho del sufragio general*. Las primeras elecciones, según el nuevo sistema electoral, se hicieron en 1897. Es completamente natural que la atención de las masas se concentrara totalmente tanto en las luchas electorales como en las luchas en el parlamento, y que fuera imposible ganarlas en seguida para una acción de masas enérgica por la obtención del derecho de sufragio total e igualitario. Éste es un fenómeno que aparece después de cada victoria mayor, pero en general no se lo suele designar como un “derrumbe” de la acción, Este “derrumbe” no tiene la menor relación con el distraer la atención de la huelga de masas.

El nuevo derecho electoral de la quinta curia tenía que frustrar primero a las masas y mostrar su insuficiencia en la forma más cruda antes que fuese posible moverlas otra vez hacia una acción enérgica en favor de una nueva reforma electoral.

Pero esto como cosa lateral. Más importante es lo siguiente:

La camarada Luxemburg había declarado que el *próximo* paso del movimiento prusiano por el derecho electoral tendría que ser la huelga de masas. Frente a ello yo había preguntado cómo se imaginaba ella esa huelga, si como simple huelga demostrativa o como huelga coercitiva. Ella también había explicado que la convergencia de una huelga de masas política con una huelga económica gigantesca, por ejemplo, una huelga de los mineros, sería ventajosa para ambas partes, lo que yo cuestioné.

¿Qué respuesta recibo yo ahora a estas preguntas? Ninguna. Ella declara simplemente:

“Esta división estricta en rubros y esquemas de la huelga de masas en tipos y subtipos puede tener sentido en el papel, y bastar también para la cotidiana vida parlamentaria. Pero apenas comienzan las grandes acciones de masa y los períodos políticos tormentosos, la división en rubros es desordenada totalmente por la vida misma. Por ejemplo, este fue el caso en Rusia donde las huelgas demostrativas y las huelgas combativas se alternaban continuamente, y donde el incesante y cambiante efecto de la acción económica y política constituía justamente lo característico de la lucha revolucionaria rusa y la fuente de su fuerza interna.”

Yo naturalmente me había referido a Europa occidental, pero, dice la camarada Luxemburg, también en la época de la lucha belga por el derecho electoral, que

comenzó en 1888 y se continuó por muchos años, se realizaron numerosas luchas económicas,

“Si, [sigue opinando] actualmente en Alemania nosotros estamos viviendo una gran lucha en el gremio de la construcción, simultánea con la lucha por el derecho electoral, esto, según mi “esquema” tendría que ser perjudicial para el movimiento por el derecho electoral; sin embargo, por el contrario, aquélla lo promovería. La idea que yo propugno sería una “concepción altamente” pedante, estrecha, del movimiento por el derecho de sufragio.”

Hasta aquí la camarada Luxemburg. Pero ¿cuándo por ventura he negado yo que las acciones económicas y políticas se apoyan mutuamente, cuándo he dicho que en la época de una lucha por el derecho de sufragio había que evitar como perjudiciales las luchas económicas? Justamente en mi respuesta contra la camarada Luxemburg he subrayado que la lucha por el derecho electoral obtenía su mayor fuerza de las contradicciones y las luchas económicas y especialmente, frente al esperado lock-out de los obreros de la construcción, declaró:

“Es así que de las luchas sindicales de este año también esperamos un aumento del resentimiento y un fortalecimiento de la lucha por el derecho de sufragio.”

De manera que la camarada Luxemburg en sus argumentos sobre esto lucha contra molinos de viento. Aquí no se trata de que en los años de lucha por el derecho electoral no se producen luchas económicas y si éstas podrían tener a su vez efecto sobre aquéllas, sino de *qué tipo* será la *próxima huelga de masas garantizada* que espera la camarada Luxemburg. Esta es la cuestión de que se trata. ¿Pretende afirmar ella que en algún lugar de Europa Occidental se produjo una *huelga determinada*, que junto con las exigencias políticas del conjunto del proletariado al gobierno y el parlamento también quiso imponer exigencias económicas especiales de capas aisladas de trabajadores a grupos individuales de capitalistas?

Por otra parte el reconocimiento que a veces las huelgas demostrativas y las coercitivas se siguen unas a otras es sin duda correcto, pero no brinda demasiadas conclusiones a quienes deben lanzar la “consigna” de la próxima huelga de masas, sobre el tipo de huelga que debe ser.

La camarada Luxemburg ha encontrado evidentemente otra importante razón para afanarse con la respuesta a esta cuestión: Bernstein diferencia también entre huelga coercitiva y huelga demostrativa. Es decir que un buen marxista no puede tener vínculos con una diferenciación de ese tipo. Ahora bien, yo pienso que para la evaluación de una idea no es necesaria una certificación de su origen y a veces también una gallina ciega encuentra una buena lombriz. Dejo aquí totalmente de lado que en la cuestión de la lucha por el derecho de sufragio, Bernstein sostenga una táctica mucho más enfrentada a la que yo defiendo que con la que plantea la camarada Luxemburg.

Pero justamente en nuestra presente polémica se producirían situaciones particularmente divertidas si uno le quisiera echar en cara al otro sus aliados involuntarios. Pues en la cuestión de la huelga de masas se entrecruzan las más diversas orientaciones, si ella se las toma con mi Bernstein, entonces yo lo haré con su Zepler, que en el *Democratd*, publica una serie de artículos en apoyo de la concepción luxemburguiana de la huelga de masas.

Y si rechaza a Bernstein, a quien no podrá objetarle nada es a su amigo Pannekoek. Pues ella aprueba sus artículos contra mí en la *Bremer Bürgerzeitung*. ¿Pero qué dice allí Pannekoek? En su segundo artículo dice:

“Nada más importante que reconocer con cierta claridad las *formas* que tomará en Alemania un movimiento de huelga de masas en el curso de su desarrollo.”

Muy correcto, pero en tajante contradicción con la camarada Luxemburg, que justamente descarta la diferenciación de las formas como un “esquema sin vida” como una división “pedante, estrecha”.

En su tercer artículo Pannekoek escribió luego contra mí:

“Tenemos que descartar desde el comienzo la idea de que se trata de una gran huelga coercitiva para conquistar el poder de estado. Se trata simplemente de la cuestión práctica de una *huelga demostrativa*. Kautsky pasa por alto la cuestión práctica inmediata, que es la que está en consideración. Esta cuestión es: ¿sería necesario, útil o perjudicial fortalecer e incrementar el movimiento de demostraciones callejeras por medio de *huelgas demostrativas*? Esta pregunta ni la considera, sino que continuando el hilo de las palabras de la camarada Luxemburg que afirman que una acción de ese tipo, una vez comenzada, tiene que acrecentarse constantemente, pasa inmediatamente a la consideración de grandes movimientos de huelgas coercitivas, que tendrían como objeto una batalla decisiva, una “derrota” del gobierno. Vale la pena señalar, una vez más, que esta no es la cuestión, que se trata de los beneficios o perjuicios que podrían producirle a nuestro movimiento la utilización de simples huelgas demostrativas; y de esto Kautsky no nos dice nada.”

No, mi querido Pannekoek, sobre esto no nos enteramos de nada en los escritos de la camarada Luxemburg, Yo le pedí a ella explícitamente que nos dijera con precisión si la huelga de masas a la que se refería sería una huelga demostrativa o no. La discusión sólo podría dar un resultado determinado cuando conociésemos su respuesta. Fue la camarada Luxemburg la que eludió la respuesta a la pregunta con la declaración de que sólo un espíritu estrecho o un bernsteniano podría hacer esas distinciones, que para un marxista verdadero todo estaría mezclado, la huelga política y la económica, la huelga demostrativa y la huelga coercitiva.

Pero después de las explicaciones de Pannekoek puede aún cuestionarse si él reproduce correctamente la concepción de la camarada Luxemburg.

Algunas de las cosas que ella dice de la huelga de masas no corresponde para nada con la huelga demostrativa.

En realidad el cuadro que ella traza de la huelga de masas no es demasiado claro y sí bastante contradictorio. Habla de huelga de masas en las minas de carbón, huelgas de solidaridad norteamericanas, así como de la huelga belga de masas y de huelgas demostrativas. Como Fausto, que habiendo tomado la poción de las brujas ve en cada mujer a Helena, así nuestra camarada ve en cada uno de los tipos de huelga a la huelga de masas que se aproxima. Por otra parte manifiesta que una huelga de masas no se puede ordenar desde arriba, que debe nacer de la agitación de la masa “que determina sus acciones por sí misma” arrastrando con ella a todos, incluso a los dirigentes de los trabajadores si éstos quieren enfrentarla y oponerse. El impulso inicial para la acción de masas no podrían darlo las direcciones de las organizaciones proletarias sino las masas mismas:

“La decisión de una acción directa de la masa sólo puede partir de la misma masa”

Pero esta misma acción de masa según la camarada Luxemburg ha de depender totalmente de que el partido le dé a las masas “aquella consigna que es la única que permite impulsar hacia adelante la lucha por él iniciada.”

Si en el “momento preciso” no se da esta consigna, la frustración se apodera de la masa, “la acción se derrumba sobre sí misma”

Por una parte la huelga de masas no puede ser fabricada; se genera por sí misma. Por la otra, se la produce por una consigna del partido. Primero la masa es el origen y la

portadora de toda la acción. Después, por el contrario, no tiene capacidad para nada si no se le avisa de la consigna.

IV Las condiciones de la huelga en Rusia

Hemos visto cómo nos encontramos envueltos en una red de contradicciones apenas intentamos dar una forma determinada a la consigna de la huelga de masas que la camarada Luxemburg quiere poner en discusión. Esto seguramente ha de resultar sorprendente en una pensadora en general tan sagaz y clara como ella. Pero la cuestión pierde ese carácter incomprensible si retrocedemos de las ideas a las cosas de las que éstas han surgido. Encontramos entonces que las contradicciones de nuestra amiga en la concepción de la huelga de masas sólo reflejan las contradicciones entre las condiciones de la huelga de masas en Rusia y en Alemania.

Una y otra vez la camarada Luxemburg nos remite a la revolución rusa, cuyas enseñanzas tendríamos que tomar en consideración. Yo soy el último en menospreciar la importancia de esa colosal hecatombe, en negar que todos podemos aprender de ella, y que es mucho lo que tenemos que aprender.

Pero aprender no significa simplemente imitar. La concepción usual de la historia como maestra es aquella que la representa como una serie de éxitos y fracasos, que por su simple contemplación nos muestra los caminos que conducen al éxito y los lugares en los que hay que evitar extraviarse. Nada más errado, incluso funesto, que esta concepción. Sólo estaría justificada si la historia fuese realmente, como mucha gente piensa, la constante repetición de los mismos procesos, si lo único que cambiase fuesen los nombres, el idioma y las vestimentas de los actores, mientras que sus roles y el desarrollo de la obra se mantuvieran idénticos. En realidad la sociedad se desarrolla constantemente hacia formas cada vez más complicadas, resultado del progresivo desarrollo técnico. Nunca se repiten completamente las mismas condiciones de las luchas económicas y políticas que constituyen la historia, haciéndose aquéllas cada vez más polifacéticas. Por eso en las distintas épocas y en los distintos países han tenido éxito métodos muy diferentes. No debe haber prácticamente ningún método de lucha, ningún dispositivo político imaginable para el que a lo largo de la historia no se hayan encontrado, alguna vez, pruebas de su superioridad: para el terrorismo jacobino y la entrega cristiana, para la revolución que busca el todo y la reforma que avanza a pasos, para la república y la monarquía, el federalismo y el centralismo, etcétera.

Por este camino y a partir de la historia se puede probar lo que se quiera, y con ella engañarse fácilmente, pues el pasado no se repite y detrás de superficiales analogías de distintas épocas frecuentemente se ocultan las máximas diferencias sociales.

Es particularmente peligroso remitirse a ejemplos revolucionarios. Un acontecimiento tan fundamental como una gran revolución deja tras suyo los más profundos efectos, que durante generaciones siguen actuando. Las vías por las que logra sus violentos éxitos son consideradas como las únicas correctas por mucho tiempo. Pero un acontecimiento así despierta siempre en espíritus entusiastas grandes expectativas que no son satisfechas, expectativas tanto más grandes cuanto más impresionante es el acontecimiento. Si a la postre la revolución toma un curso distinto al esperado por sus apóstoles, entonces ello se considera resultado de una serie de “errores” que se han cometido y que se quieren evitar la próxima vez. Es por eso que una revolución aparece siempre como altamente productiva en “enseñanzas” que muestran cómo deben ser llevadas al triunfo nuevas revoluciones, y cuáles son los errores de los que hay que cuidarse.

Pero una gran revolución de esas características no puede transcurrir sin modificar desde sus fundamentos las condiciones que encontró y en las que se desarrolló. No siempre cumple lo que muchos esperan y desean, pero siempre altera profundamente las condiciones políticas y sociales que encuentra, creando nuevas condiciones que hacen necesarios nuevos métodos de lucha y de propaganda. De manera que nos equivocáramos de plano si después de una revolución quisiéramos aplicar sin más ni más a nuestra práctica las enseñanzas de sus éxitos y de sus fracasos.

Con esto no afirmo que no podamos ni debemos aprender de la historia, y en particular de la historia de las revoluciones. Pero lo que tenemos que extraer de ella no es una colección de métodos exitosos o deficientes, sino el reconocimiento de las *relaciones sociales*. Al investigar las relaciones causales de los procesos sociales de un período determinado, al reconocerlas y compararlas con las de otros períodos así como con las de nuestra época, se nos facilita el conocimiento de esta última; (pues así se nos hace posible separar los factores esenciales de su desarrollo de aquellos que son superficiales y casuales). Podremos evaluar entonces más adecuadamente los distintos elementos y de su investigación extraer conclusiones más seguras acerca del futuro y con ello, acerca de nuestras tareas en el presente.

Si se analiza por ejemplo la revolución francesa buscando las ventajas que ofrece el método del jacobinismo, o que da la acción conjunta de campesinos, burgueses y proletarios impulsados por el efecto de las fórmulas éticas de Libertad, Igualdad y Fraternidad, se llegará a resultados que en la actualidad, seguramente, sólo pueden inducir al error. Que “las enseñanzas” de la gran revolución tengan todavía un efecto residual en el socialismo francés es justamente una de sus deficiencias. Es por el contrario muy importante un estudio acerca del papel que en la revolución juegan las diversas clases para el reconocimiento de su esencia y de las relaciones que tienen entre sí; en especial si se las contraponen con las formas posteriores de desarrollo, es decir de 1848, 1871 y de nuestro tiempo. Vemos entonces con claridad qué es lo que todavía hoy puede esperar el proletariado de los intelectuales, de los grandes capitalistas industriales, de los pequeñoburgueses, de los campesinos; hasta qué punto puede actuar conjuntamente con ellos o dónde los debe enfrentar. Los resultados de las experiencias políticas y económicas de nuestra época se profundizan y aclaran mediante la comparación con las experiencias de las épocas precedentes.

Para la comparación de las experiencias de distintos países vale algo similar. Cada país debe y puede aprender de los demás. Pero no a través de la simple imitación de sus métodos sino por la comparación de su experiencia con la de otros países, la vinculación de los éxitos y fracasos con sus causas, y el estudio del grado en que las mismas causas existen, existieron o están por producirse en nuestro medio, trayendo consigo o haciendo previsibles para nosotros efectos similares.

La camarada Luxemburg nos remite una y otra vez al ejemplo de las huelgas de masas rusas, que fueron la introducción y generaron la revolución de 1905. ¿Bajo qué condiciones, se produjeron?

Comenzaron en una época en que el gobierno ruso se había convertido en el gobierno más débil del mundo. Ninguna clase lo apoyaba ya, para todas las clases, incluso los terratenientes y capitalistas, aparecía como la causa de la ruina de Rusia, como la maldición del país, como un funesto animal de rapiña al que había que darle fin. La intensidad de la corrupción, la dilapidación enloquecida de los recursos nacionales, el estrangulamiento total de su desarrollo económico, la desorganización de toda su administración habían emergido bajo las formas más descarnadas durante una guerra desencadenada del modo más despreocupado, contra enemigos a los que se había despreciado y que ahora propinaban al ejército terribles derrotas con lo que no sólo

destruían este último apoyo del gobierno sino que incluso habían llegado a convertirlo en un medio de rebelión. Los oficiales habían llegado a ser centro general del desprecio de los soldados rasos, que se mofaban de ellos y los desdeñaban. Y entre los oficiales mismos, aquellos elementos que todavía tenían algún sentimiento del honor, fuerza e inteligencia se incorporaban a las filas de los más enconados opositores al gobierno.

Junto con el ejército, el campesinado había sido hasta ese momento el apoyo más firme del zarismo, había venerado en el zar a un ser superior, un dios, todopoderoso y de bondad infinita, del que renovadamente esperaban ayuda en su desesperante situación. Este estado de ánimo había cesado totalmente en 1905. Un levantamiento campesino sucedía al otro.

Esta era la situación en la que se desarrolló el movimiento de huelga de masas que creció hasta convertirse en una fuerza irresistible.

Por otro lado encontramos en la Rusia de entonces un proletariado, que en algunas ciudades ya era muy numeroso, oprimido y resentido al extremo pero al que se lo privaba de toda posibilidad de organización y actividad legal. Si los proletarios querían reunirse, hacer conocer sus exigencias, protestar contra su miseria, entonces sólo le quedaba un medio: la *huelga*. A través de la huelga los trabajadores que estaban aislados podían establecer contacto entre sí afirmando la sensación de fuerza que eleva a las masas por encima del individuo. Allí cobraban entusiasmo, desaparecía su desesperanza, se les hacían accesibles nuevas ideas que incorporaban ansiosamente.

Así la huelga se convirtió para el obrero ruso en una necesidad vital; el simple hecho de la huelga era lo que revitalizaba, sin hacer consideraciones si se trataba de una huelga demostrativa o una huelga de lucha, si se dirigía contra el capitalista o contra el gobierno. El hecho de que se hiciera huelga ya era un éxito en sí mismo, un triunfo. Las exigencias y los objetivos de la huelga pasaban por eso a un segundo plano y frecuentemente ni llegaban a expresarse claramente. Y, por otra parte, cada una de las huelgas, fuera cual fuese su carácter, se convertía desde el comienzo en una rebelión contra la legalidad, en una acción revolucionaria.

Esto ya había sido así en los últimos años antes de la revolución. Pero la guerra, el derrumbe del gobierno, la crisis económica, la miseria, incitaban cada vez más frecuentemente a los trabajadores a la huelga, que tomaba un creciente carácter político de protesta contra todo el sistema de gobierno, pero con ello ganaba cada vez más simpatías en los círculos de la oposición burguesa.

Lo particular de este movimiento de huelga se acrecentó aún más por la increíble extensión del imperio y su deficiente sistema de comunicaciones, su falta de trenes, servicios postales, diarios. Rusia aún no constituye una unidad económica, se descompone en numerosas regiones económicas totalmente independientes cuyas masas proletarias no tienen ninguna vinculación entre ellas. Si bien el movimiento de huelgas (en el curso del año 1905) se transforma en todas partes cada vez más en un movimiento de lucha contra el zarismo, todavía estaba lejos de ser homogéneo en todos los lugares. No se desencadenó simultáneamente en todas partes, sino primero en Lodz en Polonia, y luego en Bakú detrás del Cáucaso; mañana quizás seguía en el Ural, en Petersburgo, en Odesa, y más tarde en Riga, finalmente en el Don. Pero este desmembramiento no dañó inicialmente al movimiento; tuvo más bien como resultado que no se detuviera, que a lo largo de todo el año todo el imperio apareciera en constante movilización, que el gobierno no se sintiera seguro en ningún lugar, que no pudiera concentrar sus instrumentos de poder en ningún punto, que tuviera que dividirlos entre numerosos centros de conflicto y que, finalmente, se derrumbase cuando, el imponente movimiento creció en Octubre hasta convertirse en una explosión que recorrió todo el imperio a la vez.

Particularmente brillante fue la actitud de los obreros de la Polonia rusa. Éste país es la región más industrial del imperio, sus trabajadores son los más desarrollados intelectualmente (aparte de Finlandia), pero sometidos simultáneamente quizás a una opresión más terrible que los de Rusia propiamente dicha y quizás más inclinados a la rebelión que éstos, pues su nación registra una serie de poderosas insurrecciones contra el zarismo.

El movimiento de huelgas revolucionario en la Polonia rusa pertenece seguramente a las acciones más heroicas y extraordinarias en lo que va de la lucha por la emancipación del proletariado europeo. En modo alguno he de contradecir a la camarada Luxemburg cuando considera a los trabajadores de su patria como los luchadores más destacados del socialismo en nuestros días.

Pero mi respeto y mi admiración por estos héroes no me pueden llevar simplemente a hacerles a los obreros alemanes el llamamiento de: observad y haced lo mismo. Ya Cervantes sabía que lo que en ciertas circunstancias es heroísmo, en otras es una quijotada.

V Las condiciones de huelga en Prusia

En la Prusia de hoy la situación es totalmente distinta que en la Rusia de hace cinco años. Aquí tenemos que vérnosla con el gobierno más fuerte de la época actual. En ninguna parte el ejército y la burocracia están tan disciplinados, quizás no exista en ninguna parte una cantidad mayor de trabajadores del estado; seguro que en ningún otro país están en una “subordinación por deseo divino” tan desarrollada, en ninguna nación se los mantiene sometidos por una obediencia ciega más terrible que en Alemania, y en especial, en Prusia. Y por encima de esta masa aterrorizada hay explotadores de un poder y de una brutalidad sin igual. Todos estos grandes explotadores cierran filas alrededor del gobierno, tanto más estrechamente cuanto mayor es la tenacidad con la que se aferran a las condiciones imperantes. Y como guardianes del orden existente contra toda revuelta, son apoyados por grandes masas de campesinos y pequeñoburgueses.

En la Rusia de 1905 el gobierno estaba totalmente aislado. En la Prusia de hoy, en toda acción en la que quiera atacar con energía a las condiciones existentes, es el proletariado el que está aislado.

Y si en 1905 en Rusia el gobierno se había derrumbado vergonzosamente en una guerra irresponsable contra una pequeña potencia, desde hace ya casi un siglo el gobierno prusiano se ve sostenido por el brillo de constantes triunfos, triunfos sobre las potencias más fuertes del mundo.

Por otro lado las condiciones de vida del proletariado alemán no son tan desesperadas como eran las del ruso hasta la revolución. Para él la huelga no constituye, de ningún modo, la única posibilidad de acción como clase, la única posibilidad de unirse con sus camaradas, de protestar con ellos en conjunto, de plantear exigencias de desarrollar su fuerza. Las ligas, las reuniones, la prensa, las elecciones de todo tipo, lo tienen constantemente en acción. En estas circunstancias la huelga adquiere para él un significado totalmente distinto.

Sí en Rusia el simple hecho de una huelga era un éxito, fuese cual fuera su resultado práctico, ya que la huelga en sí era un medio de organización, de esclarecimiento, de aliento, en nuestro caso de ningún modo es así. Nosotros tenemos otros medios para lograr los mismos objetivos. El trabajador en Alemania, y en realidad en toda Europa occidental, sólo recurre a la huelga como medio de lucha, cuando tienen la perspectiva de obtener con ello *resultados definidos*. Si éstos no se logran, la huelga

fracasa. Si la falta de resultados se debe a una mala conducción, sea porque ésta ha elegido en forma infortunada el momento de la huelga o porque ha calculado incorrectamente las fuerzas de su propia organización o de la organización enemiga, entonces la huelga puede lograr lo opuesto al fin perseguido, actuando en forma depresiva sobre los trabajadores.

Es por ello que antes de una huelga se debe evaluar con exactitud desde el comienzo las exigencias que se quieren imponer. El éxito depende en gran medida de su formulación.

No deben ser demasiado restringidas si el entusiasmo de los que luchan tiene que mantenerse. Pero tampoco deben sobrepasar demasiado la medida de lo que pueda ser impuesto dado la relación de fuerzas, para que desde el comienzo cada triunfo no sea imposible.

Lo que desde el punto de vista de la huelga primitiva, amorfa de la Rusia revolucionaria puede ser una diferenciación superflua, pedante y estrecha, es una condición esencial de toda conducción de huelga racional en Europa occidental. Está claro que un movimiento huelguístico pueda entrecruzarse con otro, que pueda tomar en su desarrollo distintas formas que no se pueden prever. Una huelga demostrativa puede transformarse en un lock-out o en una huelga coercitiva, una huelga económica aislada puede tomar las dimensiones de una huelga de masas de solidaridad y finalmente alcanzar significado político. Una huelga de masas política triunfante puede arrastrar detrás suyo ramificaciones económicas aisladas. Todo esto no impide que haya tipos muy distintos de huelga, y que en nuestras condiciones haya que sopesar cuidadosamente el carácter y el tipo de una huelga al comenzarla, así como las metas y objetivos que se le quieren fijar.

Las condiciones para realizar una huelga en Europa occidental, y en especial en Alemania, son por lo tanto muy distintas de las de la Rusia prerrevolucionaria y revolucionaria.

Una táctica de huelga que allá ha demostrado ser valiosa, no por ello habría de mostrarse adecuada aquí.

Ya en la simple huelga demostrativa las diferencias se hacen notar.

Es mucho más difícil lograr en Alemania, como más de una vez se la realizó en Rusia, una huelga demostrativa de tal envergadura que cambie completamente el aspecto de la calle y con ello cause una profundísima impresión en la totalidad del mundo burgués, así como en las capas más indiferentes del proletariado. Sobre las huelgas demostrativas del sur de Rusia en julio de 1903 escribió en esa época la camarada Vera Zasulich en *Iskra*:

“Nunca Rusia, y creo que tampoco Europa occidental, ha visto algo semejante. Aquí aparece, como una cosa nueva en la historia mundial, la solidaridad absoluta de todos los trabajadores, sin distinciones de oficio ni de nacionalidad. Hacen huelga como un solo hombre todos los trabajadores desde los sectores acomodados, de trabajadores con un oficio, hasta las capas más bajas de peones. Se detiene el transporte marítimo, así como el ferroviario, la iluminación eléctrica y la iluminación a gas dejan de funcionar, hacen huelga los empleados de las grandes tiendas, hacen huelga los tranviarios, no aparecen los diarios, el pan y los productos esenciales aumentan rápidamente su precio, las construcciones están paradas; en Bakú el aprovisionamiento de agua ha cesado. En Europa occidental nunca existieron huelgas similares, a pesar del medio siglo de historia del movimiento socialista, de la organización socialdemócrata y de la libertad política.” (Citado por Tschervanin, *Das Proletariat und die Russische Revolution [El proletariado y la revolución rusa]*, página 15)

Es cierto, huelgas demostrativas de esta clase todavía no han existido nunca en Europa occidental. Y tampoco se producirán tan fácilmente, no a pesar sino a causa del medio siglo de movimiento socialista, organización socialdemócrata y libertad política. Constituyen la particularidad de una situación en la que un moderno proletariado de masas, teniendo ante sus ojos el ejemplo de medio siglo de movimiento socialista y libertad política en Europa occidental, no tiene medios legales de movilización.

En Europa occidental a causa del medio siglo de lucha de clases proletaria, no sólo las organizaciones proletarias se han desarrollado mucho más sino que también lo han hecho las organizaciones capitalistas para el sojuzgamiento del proletariado, y éstas, incluso en el caso de una simple huelga demostrativa, entran en acción mucho más rápida y poderosamente. En contraposición, gracias a la libertad política, los trabajadores tienen tan abundantes oportunidades de dar a conocer sus puntos de vista sin riesgo que aún ante situaciones extraordinarias, sólo los más fuertes y avanzados se harán cargo del riesgo de una huelga, en el caso en que ésta deba quedar como simple demostración.

En vista de la férrea disciplina existente en las grandes empresas monopolistas estatales, municipales y privadas, y de la firme asociación entre gobierno y capital, es totalmente impensable que, en nuestro caso, en una huelga demostrativa contra el gobierno, se paren los trenes urbanos, los tranvías, las plantas de gas. Pero también en muchas otras empresas se necesitará un estímulo inicial muy intenso para que los trabajadores entren en una huelga demostrativa, tan pronto como encuentren resistencia del lado de los empresarios. Pues para ellos la huelga no sólo no es la única forma de actividad y protesta política, sino tampoco el medio más impactante. Una elección triunfante para el Reichstag produce una impresión mucho más fuerte. Probablemente si se trata de una causa que no produce resistencia inmediata, o si se trata simplemente de expresar la protesta contra una injusticia que existe desde hace más de medio siglo, es decir, si no hay un factor desencadenante de envergadura, es difícil que se pueda realizar una huelga demostrativa que se transforme en una verdadera y poderosa demostración de masas a lo largo de todo el imperio. Son previsibles las huelgas demostrativas locales como protesta contra una injusticia hondamente sentida, que agita momentáneamente a las masas y exige ser modificada de inmediato, que no pueden ser postergadas hasta las próximas elecciones. En mi artículo *¿Y ahora qué?* también expresé la esperanza de que las huelgas demostrativas de ese tipo, como ya las tuvimos en Kiel y Fráncfort, se repitiesen e intensificasen si la brutalidad de la policía se repetía e intensificaba. Pero estas huelgas no pueden ser discutidas de antemano. Nacen por sí mismas de ciertas situaciones.

Un efecto político de largo alcance no podría partir de esas demostraciones locales, a pesar de que deban ejercer un efecto vivificador para la continuación del movimiento. Para actuar políticamente la huelga demostrativa tendría que tener una extensión mayor. Incluso la camarada Luxemburg piensa que la huelga de masas que vislumbra en la actual campaña electoral, fuera lo que fuese lo que ella entiende como tal, no sólo tendría que involucrar a Prusia sino a toda Alemania.

Una huelga así de ningún modo sería imposible, pero, como ya se dijo, tropezaría con grandes dificultades. Sólo podría resultar exitosa ante una conjunción de circunstancias muy favorables y seguramente no tendría mucho más efecto que, por ejemplo, una elección para el Reichstag.

Pero según la opinión de la camarada Luxemburg, con huelgas demostrativas tampoco bastaría. Ella habla de una acción de masas en crecimiento y agudización constantes, que quizás sería *iniciada* por una “huelga demostrativa corta, única”.

El camarada Pannekoek se expresa más claramente que la camarada Luxemburg. Dice éste en su segundo artículo:

“La huelga de masas como medio de presión política contra el gobierno, en la lucha por el poder, no puede ser un *acto único*, sino un *proceso más prolongado*. Supone una lucha larga, tenaz. No puede ser una huelga única de duración prolongada (esto no lo aguantan ni los mismos trabajadores), sino que tiene que ser un movimiento huelguístico colosal que crezca y descienda, en el que los combatientes hacen pausas, hoy aquí, mañana allá, teniendo que tomar aire antes de lanzarse nuevamente a la lucha, tratando de juntar todas sus fuerzas para una huelga simultánea, pero separándose de vez en cuando para llevar luchas individuales.”

Esta concepción en su totalidad está extraída de la historia de las huelgas rusas. En realidad, el mismo Pannekoek dice antes:

“Nada es más importante que reconocer más o menos claramente las formas que adoptará en Alemania un movimiento de huelgas de masas en el curso de su desarrollo ulterior. Pero no es mucho lo que podemos extraer de los ejemplos de Europa occidental, pues allí nunca estuvo en juego todo el dominio de la clase gobernante. Mejor nos podría servir de ejemplo el movimiento de huelgas ruso. Es cierto que este ejemplo tampoco puede utilizarse así como así, no porque en Rusia reinaba la revolución y aquí no, como opina Kautsky, pues la revolución rusa consistía justamente en el movimiento de huelgas de masa y la revolución alemana en el fondo ya ha comenzado con la lucha por el derecho electoral de Prusia. La diferencia, por el contrario, está en el imponente poder de organización del proletariado alemán, nunca visto anteriormente en luchas de este tipo, que le dará una fuerza extraordinaria.”

Es decir que, efectivamente, Pannekoek no toma como referencia a Europa occidental sino a Rusia. Obviamente él mismo agrega de inmediato que entre las condiciones rusas y las alemanas existe una diferencia, pero sólo la ve en “el imponente poder de organización del proletariado alemán” y piensa que esa diferencia sólo podría llevar a aumentar el ímpetu de la lucha.

Mi opinión es distinta.

Ese imponente poder de organización del proletariado alemán es una consecuencia de la extraordinaria concentración del capital, y el no menos extraordinario desarrollo del comercio, que lleva en forma progresiva a la más estrecha ligazón, económica y espiritual de todos los territorios del imperio, centralizando y unificando cada vez más no sólo a las organizaciones del proletariado, sino también a las de los empresarios y las del poder del estado.

Con ello también se centralizan y concentran cada vez más las luchas entre esas organizaciones. No cabe duda que con ello, como señala Pannekoek, ganan cada vez más en ímpetu, pero así también cada vez se hacen más infrecuentes. En esas condiciones es necesario pensar largamente antes de decidirse a luchar, pero una vez que la lucha ha sido desencadenada, ésta gana inmediatamente una extensión máxima, debiendo ser llevada a cabo con todos los medios hasta el triunfo o hasta el agotamiento total y en toda la línea de las fuerzas.

Una lucha de esta índole no se puede repetir muy rápidamente, tanto menos cuanto mayor ha sido su extensión, cuanto mayor ha sido la participación del proletariado. La imagen de un período de huelga de masas que inicialmente no tiene ningún resultado práctico pero que se repite una y otra vez, tras cortas pausas para tomar aliento hasta liquidar al enemigo, encuentra cierto asidero en el atraso *económico* ruso, pero contradice totalmente las condiciones de lucha en un país industrial altamente desarrollado con una muy avanzada concentración del capital y centralización de las organizaciones de lucha tanto del proletariado como de los empresarios y su gobierno.

Por otra parte, fue del atraso *político* de Rusia de donde surgió el que cada huelga, inclusive las puramente económicas, se convirtiesen en un acto de política revolucionaria, de modo que un período de huelgas de todo tipo (predominando entre ellas las locales y económicas) pudo ser considerado un período “de la huelga de masas” o aún como “una huelga de masas”.

En este sentido la camarada Luxemburg decía en su escrito *Huelga de masas, partido y sindicatos*:

“Es totalmente erróneo imaginar la huelga de masas como un hecho, como una acción aislada. La huelga de masas es más bien la designación, el concepto totalizador de un período de años, quizás de *decenios* de lucha de clases. De las innumerables y distintas huelgas de masas que se han desarrollado en Rusia desde hace cuatro años [desde 1902], el esquema de la huelga de masas como un acto aislado, corto, puramente político, generado de acuerdo con un plan y un objetivo, sólo concuerda con una forma de desarrollo, y precisamente, una forma subordinada: las huelgas puramente demostrativas [...]. Todas las demás huelgas de masas, grandes y parciales, no eran huelgas demostrativas sino huelgas de lucha, y como tales, en la mayor parte de los casos, se generaban en forma espontánea, *a partir de desencadenantes específicamente locales, casuales, sin plan ni objetivo* y creciendo con fuerza elemental hasta ser grandes movimientos. De manera que no emprendían una “retirada ordenada”, sino que se convertían a veces en luchas económicas, a veces en luchas callejeras, o a veces se desarticulaban por sí mismas.”

Está claro que las huelgas después de “medio siglo de organización socialdemócrata y libertad política” toman un cariz distinto que estas huelgas rusas.

La huelga en Alemania no representa nuestro futuro. En nuestro medio la huelga es una actividad totalmente legal, puede ser discutida y organizada libremente, no plantea de por sí ningún enfrentamiento con el gobierno, y la huelga de masas totalmente desorganizada, “sin plan ni objetivos”, tiende a desaparecer. Las huelgas, en general, son cuidadosamente evaluadas antes de su desencadenamiento, y por ello no sucede que finalmente “se desarticulen por sí mismas” y tampoco se transforman en “luchas callejeras”. Cuando en ciertas épocas las huelgas se acumulan a nadie en nuestro medio se le ocurrirá designar un período de huelgas de este tipo con la calificación global de “huelgas de masas” e igualmente nadie creerá que un período de ese tipo de huelgas económicas y locales sea ya una acción revolucionaria que lleve al derrocamiento del gobierno. Cuando hoy los mineros de la región del Ruhr hacen huelgas y medio año después los obreros de la construcción en Berlín, y medio año más tarde los trabajadores textiles en Crimmitschau, en busca de la obtención de salarios más altos, nadie ha de esperar que ésa será la huelga de masas que obligará al gobierno prusiano a prosternarse¹.

Si en nuestro medio una acción ha de actuar como una huelga de masas política, entonces no debe ser local, sin objetivo ni meta, entonces desde el comienzo debe desencadenarse de acuerdo con un plan y un objetivo como una huelga política, y debe mantener este carácter hasta el final. Debe involucrar a la totalidad del estado, no debe ser una huelga de masas “parcial, local”, y cuando sin resultado político se transforma

¹ Parece ser que he vuelto a hacer una profecía equivocada. Cuando escribí esto no había leído todavía la crónica en *Vorwärts* sobre el discurso hecho por la camarada Luxemburg en Charlottenburgo el 7 de junio. Ella declaró, allí, si la crónica es correcta:

“Ahora nosotros también tenemos un caso de huelga de masas: el lock-out en el sector minero.” Si un lock-out también está incluido, entonces todo lo que pasa en el movimiento obrero se convierte en “un caso de huelga de masas”. A la postre resulta que desde hace medio siglo ya estamos en la “huelga de masas”, la que, se nos dice, debería ser nuestro próximo paso.

“en una lucha económica en una lucha callejera o se desarticula por sí misma”, lleva a una sensible derrota.

Sólo en las condiciones de absoluta falta de libertad de Rusia, un periodo de un año de huelgas que se seguían una tras otra, en general de naturaleza local y económica, podía tomar un carácter revolucionario tal que podía calificárselo de “la huelga de masas” sin violentar demasiado el concepto.

Pero si la camarada Luxemburg opina que un período de huelga semejante podría ser estirado sin límites durante decenas de años, entonces la experiencia ha demostrado desde entonces que ello no es posible aún bajo las condiciones rusas.

También el proletariado ruso tenía que llegar finalmente al agotamiento por las huelgas constantemente recurrentes, y llegó el momento en el que se encontró frente al dilema de triunfar en forma decisiva o ser derrotado por un largo período. El que la huelga organice, esclarezca, fortalezca al proletariado sin que tenga importancia que la misma se desmorone, sea derrotada o triunfe, aun en las condiciones rusas, sólo fue válido durante un cierto tiempo. A medida que el período de huelgas rusas adquiría el carácter de una verdadera huelga de masas política, tanto más cerca estaba el momento en que la cuestión sería: vencer o hundirse.

Yo no digo esto para asociarme con aquellos comisarios de seguridad que ahora dan al proletariado ruso sabios consejos sobre lo condenable de su política de violencia. Su acción de huelga de masas fue un hecho elemental que nadie produjo. La tarea de los socialistas en esta acción, como en toda acción de masas del proletariado, era ponerse a su cabeza, sea cual fuese el resultado probable. Y de ninguna manera estaba claro desde el comienzo que el zarismo habría de triunfar una vez más.

Finalmente, si esta acción de masas no ha conseguido lo que todos deseábamos, ella no ha sido inútil, Ha dejado detrás suyo una Rusia distinta de la que encontré.

Pero quizás con esto también ha eliminado, aun para Rusia, aquellas condiciones que posibilitaron que un período de huelgas de un año se pudiera calificar de “huelga de masas” Tan pronto como en Rusia vuelva a surgir con fuerza un movimiento de los trabajadores, y esperamos que así sea, éste puede encontrar condiciones tales que la “huelga sin plan ni objetivo”, la huelga que es un hecho positivo tanto si finaliza en una “lucha callejera” o si “se desarticula por sí misma”, aparezca como un retroceso hacia métodos envejecidos. Entonces también en Rusia probablemente sea necesaria la diferenciación “pedante” de las huelgas de acuerdo con planes y objetivos, transformándose la huelga de masas política, al igual que en Europa occidental, en un acto único, cuyas condiciones están estrictamente separadas de las de la huelga económica.

Pero sea como fuese, lo cierto es que el esquema de la huelga de masas rusa no se adecúa a las condiciones alemanas ni antes ni durante la revolución.

Aquí, en esta concepción, está la causa más profunda de las diferencias que existen entre mis amigos y yo sobre la huelga de masas. Ellos esperan *un período de huelgas de masas*, yo, en condiciones como las que existen en Alemania, sólo logro imaginarme la huelga de masas política como un hecho único, en el que todo el proletariado del imperio actúa con todo su poder, como una lucha de vida o muerte, como una lucha que derrota a nuestros adversarios, o que destruye o por lo menos paraliza por varios años todas nuestras organizaciones y todo nuestro poder.

Naturalmente no me imagino este hecho único como un acto aislado, “como un escopetazo”. También yo espero una era de enconadas acciones y luchas de masas; pero considero a la huelga de masas como el arma final que llevada al combate da el golpe definitorio. En las condiciones alemanas es imposible conducir toda la lucha desde el

comienzo con esta arma, poniéndola en acción una y otra vez, siendo su ímpetu tal que paralizaría demasiado rápidamente nuestros propios brazos.

Los combates de la avanzada no se realizan con artillería pesada.

VI Condiciones de la huelga de masas política

La concepción que desarrollo aquí ciertamente no es producto de la necesidad de actuar como freno, que en mí descubre y censura la camarada Luxemburg. Yo ya desarrollé esta concepción hace más de seis años en la *Neue Zeit* en una serie de artículos: *Alterhand Revolutionäres* [*Miscelánea revolucionaria*], cuyo tercer artículo se ocupaba especialmente de la huelga de masas (XXII, volumen I, páginas 685 y siguientes).

El punto de partida de los artículos estaba constituido también entonces por una polémica con un camarada polaco, que me censuraba por mi “delicadeza”, por mi actitud “frenadora” en la cuestión del levantamiento armado. Sólo que mi adversario de entonces pertenecía al PPS. No me parece superfluo repetir las ideas fundamentales de aquel artículo y hacer resaltar aquellos puntos relacionados con nuestra discusión actual agregándoles algunos comentarios.

Ya en aquel entonces fui lo suficientemente estrecho y pedante como para diferenciar entre los distintos tipos de huelga y analizar las distintas condiciones para el triunfo. Consideraba que las condiciones de la huelga económica son totalmente distintas a las condiciones de la huelga política.

“Todos los factores económicos que favorecen el éxito de los trabajadores en una huelga de masas son tanto menos influyentes cuanto más se generaliza el movimiento huelguístico.”

Es totalmente equivocado pensar que la huelga de masas logra sus objetivos en la medida en que somete al capitalista a privaciones. Es cierto que éstos viven del trabajo del proletariado. Pero no solamente ellos. Los proletarios mismos también viven de él. Y cuando se trata de privaciones, éstas influyen antes sobre quienes tienen pocos recursos que sobre los pudientes.

No es el sometimiento al hambre de los pudientes lo que ha de conducir al triunfo a la huelga de masas, sino únicamente la desorganización del poder del gobierno por la acción de la organización proletaria. Se trata de la forma final y más elevada de la lucha entre la organización voluntaria del proletariado basada en la disciplina del entusiasmo desinteresado y la organización coercitiva del estado que se basa en la disciplina del terrorismo; se trata de la prueba de fuerzas definitiva.

La eficacia de la huelga de masas consiste en obligar al estado al más extraordinario despliegue de fuerzas, al mismo tiempo que paraliza sus instrumentos de poder. Esto lo logra por su misma masividad. Su efecto es tanto mayor cuanto mayor es la incorporación a la huelga del proletariado asalariado; no sólo en las grandes ciudades y en las zonas industriales sino también en los pueblos fabriles más apartados. Sería especialmente efectiva si también se le incorporasen los trabajadores rurales de las grandes propiedades.

El punto de partida evidentemente siempre lo deberán constituir las grandes ciudades, pero una de las condiciones del éxito es que surja de una agitación tan extensa del pueblo y que ésta se acreciente de modo tal que unos pocos días de evolución de la huelga alcancen para que también pueda saltar hacia las zonas más apartadas.

Los grandes propietarios, y los señores del estado y del gobierno, temerán más por sus propiedades y sus vidas cuanto más general sea la huelga y tanto más precipitadamente pedirán la protección militar. Repetidamente cada casa señorial, cada

granero, cada fábrica, cada línea de telégrafos, cada vía férrea, deberá ser vigilada militarmente. Para ello no alcanza el ejército. Los soldados no tienen reposo, son enviados de un lugar a otro, a todos los sitios donde se producen aglomeraciones peligrosas; pronto están agotados, sin ningún combate importante ni triunfo que pudiese darles ímpetu, pues a donde llegan, la multitud se dispersa para reunirse en todos los lugares a los que todavía no llegaron o de donde acaban de irse.

Antes de actuar sobre los soldados la huelga influirá sobre muchos trabajadores municipales y estatales que están en estrecho contacto con la masa proletaria, provienen de ella, viven con ella, son amigos, parientes. Cuanto más tambaleante aparece el poder del gobierno, su terrorismo pierde la capacidad de atemorizar. Las usinas de gas y electricidad dejan de funcionar, los tranvías de circular; finalmente el correo y los ferrocarriles también son invadidos por la fiebre de la huelga; primero hacen huelga los trabajadores de los talleres, luego también los empleados más jóvenes del servicio, mientras que entre el resto cunde la resistencia pasiva.

El poder estatal trata de fortalecerse llamando a los reservistas, pero esta es un arma de doble filo, pues con ello incorporan a la masa del ejército a elementos menos seguros, que ya han sido contagiados por la fiebre de huelga y que ahora la introducen en los cuarteles.

Se encuentran allí con soldados que están agotados por el prolongado servicio de guardias, corridos de aquí para allá por las órdenes más contradictorias que producen resentimiento y una disminución del respeto por la superioridad. La disciplina se relaja más fácilmente cuantas menos posibilidades brinde la situación para el accionar conjunto de grandes cuerpos de ejército. Para la vigilancia de los innumerables puntos amenazados es necesario dispersar a las tropas en destacamentos cada vez más chicos que durante días y días no llegan a ver ningún oficial superior, estando, por el contrario, constantemente rodeados por ciudadanos pacíficos que pueden influir sobre ellos de las formas más diversas.

Si en estas condiciones el gobierno y sus más altos representantes pierden la cabeza, entonces la situación está perdida. ¡Y con cuánta facilidad sucede esto actualmente! El gobierno por un lado es asediado por sus simpatizantes atemorizados para que ceda, haciéndole concesiones al pueblo para aplacarlo y evitando llegar a situaciones extremas; por el otro también es increpado para que liquide a la canalla y ahogue a la huelga en sangre. Tironeado de aquí y de allá, a merced del humor y los estados de ánimos de los de arriba que modifican con las cambiantes noticias, puede echar hoy aceite al fuego a través de la masacre de indefensos curiosos, y derrumbarse mañana ante la información de que ese o aquel regimiento comienza a presentar dificultades, que aquí y allá los soldados confraternizan con los huelguistas, que hacen huelga los ferroviarios, que trabajadores rurales resentidos tomaron ese o aquel otro castillo que no se pudo proteger militarmente.

El viejo régimen se hace insostenible y uno nuevo toma su lugar.

Así aproximadamente me imaginé yo, *ya antes de la revolución rusa*, las formas que debería tomar una huelga de masas si ésta habría de ayudar al proletariado a triunfar en las condiciones de un estado militar centralizado moderno.

Por lo tanto, una huelga de este tipo no es una cosa sencilla y requiere toda una serie de condiciones previas. La camarada Luxemburg dice en su folleto sobre la lucha por el derecho de sufragio en Prusia:

“El mundo no podría existir ni veinticuatro horas si los trabajadores llegaran a cruzarse de brazos.” (*Aplausos atronadores que duran largo tiempo*)

En realidad es un conocimiento que entusiasma saber que se es el pilar fundamental del mundo, pero ello no debe confundirnos en cuanto a que hace falta algo más que “cruzarse de brazos” para que una huelga de masas triunfe.

Pero las condiciones para una huelga así se dan cada vez más, en parte por el desarrollo económico, en parte por nuestra actividad, y con ello mejoran progresivamente las perspectivas de triunfo de una huelga de masas.

El desarrollo económico multiplica la cantidad de proletarios y los concentra. Nuestra actividad en las organizaciones partidarias, en los sindicatos, en la prensa, en los cuerpos legislativos y municipales organiza a los trabajadores, les da un sentimiento de fuerza y disciplina, pero también esclarecimiento político y comprensión de la organización de nuestros adversarios.

Durante una huelga de masas no sólo será cuestión de cruzarse de brazos, sino de garantizar la cohesión organizativa del proletariado en la totalidad del imperio. Tenemos que estar preparados para que ya en el comienzo de una huelga de ese tipo todos nuestros representantes sean detenidos, todas nuestras publicaciones reprimidas. Entonces tendrán que dirigir la lucha los llamados “suboficiales”. Éstos tendrán que ocuparse de que los distintos grupos se mantengan en contacto y procedan unificadamente. Que la masa no se deje provocar a combates callejeros, pero que tampoco se deje asustar por actos de violencia que se produzcan. Deberán saber exactamente cuáles son nuestras exigencias, no han de dar la señal de retirada antes que éstas hayan sido cumplidas, pero también tienen que actuar para evitar que la lucha se disuelva en luchas aisladas por problemas locales.

Todo esto requiere previamente que en la masa exista una gran autodisciplina, una aguda comprensión política y una profunda unidad de pensamiento y de acción, lo que sólo se puede lograr a través de una prolongada actividad política y gremial.

Por otra parte, el éxito de una huelga de masas exige como condición previa que ya esté bastante avanzada la desorganización de las masas en las que se apoya el gobierno. No es necesario que esto se exteriorice, como en Francia, en abiertos motines. El terrorismo militar es capaz de reprimir semejantes manifestaciones de descontento. Pero cuanto más profunda sea la corrosión, mayor será la transformación de la subordinación militar en mera hipocresía que rápida y sorpresivamente puede ser descartada una vez que la posición de poder de quien manda aparezca amenazada.

Al joven que ha crecido en la familia campesina patriarcal o en la falta de derechos y el desamparo del trabajador rural, la obediencia militar puede introducirse en la mente y el cuerpo como algo natural. Los jóvenes de la gran ciudad, es decir, los trabajadores de la industria, cuando llegan al servicio militar están acostumbrados a un grado de libertad totalmente distinto para llevar su vida; la obediencia ciega sólo es soportada con mala voluntad, aun cuando justamente ellos son demasiado listos como para oponérsele abiertamente mientras esta actitud no sirva de nada. Pero una huelga de masas brinda suficientes causas para la rebeldía.

Pero cuanto más avanza el desarrollo industrial tanto menor es el número de los reclutas provenientes de la actividad agrícola, en alguna medida más seguros en la lucha contra el enemigo interno. En mi artículo de febrero de 1904, ya mencionado, me remitía a una estadística del año 1902, que entre otras cosas presentaba las siguientes cifras:

Aptos ocupados en las tareas rurales

Cuerpo de ejército	aptos	absoluto	porcentual
De Baviera (Alta Baviera, Baja Baviera, Suavia)	11.041	4.560	41,5
De Prusia (Westfalia, provincia renana)	34.959	5.810	16,6
De Sajonia (Leipzig, Chemnitz, Zwickau)	11.884	1.847	15,5

Se ve cuán considerable ya es en ciertos cuerpos del ejército la preponderancia de la población no rural.

Otras causas llevan a que aumente el descontento de los *trabajadores estatales*. Justamente su descontento tiene que llevarlos a percibir la situación opresiva en la que se encuentran. Quizás se sentirían resarcidos si mejorase su situación económica. Pero ello tropieza cada vez con más resistencias, en la medida en que aumenta la penuria financiera y las empresas del estado son impulsadas a la “moderación de los gastos”, y, muchas de ellas, como los ferrocarriles, el correo, las minas, a la cobertura del déficit general a través de un aumento de los beneficios. Justamente la estricta disciplina militar que ahoga toda crítica que venga de los estratos inferiores hace cada vez más importante controlar el imponente complejo de las empresas de estado que se corrompe a pasos agigantados. Así disminuye su rentabilidad y presiona nuevamente a las esferas superiores, que se ven obligadas nuevamente a recuperar lo que se pierde por culpa del sistema mediante un aumento de la presión hacia abajo y de la explotación.

De esta manera crece también el descontento entre los trabajadores estatales, y basta una parálisis momentánea del terrorismo que viene de lo alto para que ese descontento se desencadene abiertamente.

Simultáneamente el aturdimiento, la inestabilidad y la falta de prudencia se adueñan de los centros de dirección. De ello la historia de los últimos años da pruebas suficientes. Este crecimiento tampoco es casual. Las contradicciones dentro de los estados y entre los estados se agudizan cada vez más, aumentan los armamentos, la penuria financiera es cada vez mayor. Por otra parte, con el aumento de la explotación capitalista no sólo crece el despilfarro de los grandes esquiladores del estado, que se quieren equiparar en placer y rumbosidad con los grandes capitalistas. Las exigencias al estado de los cortesanos y junkers crece junto con los armamentos y lo lleva a una situación financiera cada vez más desesperada. Un hombre de estado inteligente y de carácter tendría que comenzar por mandar al diablo todo el parasitismo estatal y exigir grandes sacrificios a las clases poseedoras, para volver a colocar al estado sobre una base sana. Pero la tarea que los dueños del poder imponen hoy a un estadista es justamente la de abrirle nuevas fuentes de dinero al parasitismo y superar todas las resistencias que se ofrezcan a ello. Ningún estadista inteligente y de carácter se prestará a esto, y con el avance del proceso sólo se podrán conseguir para cubrir los cargos a arribistas inescrupulosos, a los que el futuro del estado les es indiferente si por el momento pueden despertar una apariencia de éxito; o a tontos, que no tienen ninguna idea sobre las dificultades de la situación, o a lacayos sin ideas que obedientemente cumplen cada encargo que se les hace. El respeto de la población y del mismo aparato de empleados por el gobierno es cada vez menor, y por tanto, es cada vez mayor la perspectiva de que una huelga de masas encuentre elementos de aquel tipo en el gobierno, totalmente incapaces de enfrentar la situación, que pierdan inmediatamente la cabeza, que actúen constantemente en forma equivocada tanto cuando traten de poner en marcha medidas represivas como cuando apliquen medidas de apaciguamiento. Todos estos requisitos para una huelga de masas exitosa, a lo largo del desarrollo y del trabajo socialdemócrata y gremial de reformas prácticas, organizativas y de esclarecimiento se vuelven cada vez más en favor del proletariado. Pero si una huelga de masas ha de conducirnos al triunfo en las condiciones existentes en Prusia, entonces es necesario que desde el comienzo aparezca con una fuerza subyugante, con una masividad y un entusiasmo que arrastre todo consigo, que se apodere de toda la población trabajadora, que la llene de la furia más salvaje y el más profundo desprecio por el régimen imperante.

Nada más equivocado que pensar que la huelga de masas recién se haría posible cuando todo el proletariado esté organizado. Esto significaría reconocer su imposibilidad práctica, pues difícilmente se llegará a la organización de todas las capas del proletariado. Pero la huelga de masas sólo se hace posible cuando el conjunto del proletariado se levanta como un solo hombre para poner todo el empeño, en la paralización y la desorganización del régimen existente.

Si no está organizada la totalidad del proletariado, entonces un levantamiento así, unánime, en todo el imperio, en el norte y en el sur, en la ciudad y en el campo, sólo es posible bajo la presión de acontecimientos brutales, que bruscamente exasperen en lo más profundo a todo el proletariado, imponiéndole el derrocamiento del régimen imperante como una necesidad vital. Tiene que ser un huracán que, en primer lugar, barra con toda la resistencia dentro del propio campo de fuerzas.

La camarada Luxemburg abrió el debate sobre la madurez o inmadurez de la situación para una huelga de masas. Pero ya el hecho de que esto se discuta mostró que la situación todavía no había adquirido esa madurez. Mientras se pueda discutir y estudiar si corresponde la huelga de masas o no, el proletariado como masa total no está cargado de esa cantidad de rabia y sensación de fuerza que se necesita si se quiere que triunfe la huelga de masas. Si en marzo hubiera existido el estado de ánimo necesario para ello, entonces una voz desalentadora como la mía tendría que haber sido ahogada en una protesta de estrepitosa indignación. Yo no conozco ninguna huelga de masas exitosa que haya sido puesta en marcha por una discusión acerca de su actualidad en una revista. Lo inesperado, lo súbito, lo elemental de la huelga de masas es una de las condiciones para su éxito.

Pero si eso es así, ¿qué objeto tiene discutir la huelga de masas dado que su advenimiento no depende de nosotros?

Es cierto que *el momento de su advenimiento* no depende de nosotros, pero una vez desencadenada aquélla, su *triunfo* sí. Este sólo se hace posible si existe una fuerza proletaria potente y organizada que sepa qué es lo que quiere, que socave y dirija hacia él al torrente impetuoso de la furia popular allí donde pueda ejercer un fructífero efecto político. De lo contrario se perdería estérilmente en la arena después de múltiples destrozos.

Cuanto más familiarizados estén los proletarios organizados con la idea de la huelga de masas, cuanto más hayan pensado por qué medios ésta ejerce su efecto más potente, hacia dónde deben orientar su fuerza, tanto más rápidamente estarán a la altura de las extraordinarias exigencias que plantea a su inteligencia, su prudencia, su cohesión, su tenacidad, su disciplina, su audacia, una situación tan excepcional como esa.

La discusión teórica es en este caso tanto más necesaria dado que la huelga de masas política como medio extremo, definitivo, de la lucha de clases no es fácil de repetir. En este caso, aprender de la práctica sería pagar un aprendizaje demasiado caro. Entonces se trata de adquirir los conocimientos necesarios, en el mayor grado posible, del trabajo teórico.

También desde otro punto de vista es necesario discutir la idea de la huelga de masas. La política de las masas, pero también la de nuestros adversarios, cambia totalmente cuando tanto éstos como aquéllos saben que el proletariado no está indefenso frente a cualquier acto de violencia, que también hoy como ayer hay un límite para el poder de los tiranos. La idea de la huelga de masas da al proletariado un nivel más alto de conciencia de lucha y puede llegar a amortiguar la insolencia de sus adversarios, aunque evidentemente en alguna circunstancia incrementará su miedo y nerviosismo. Si

hay concesiones que se pueden conquistar por la vía pacífica, esto será tanto más fácil donde el proletariado tenga viva la idea de la huelga de masas.

La discusión de la idea de la huelga de masas, por las más diversas razones, es muy útil, imprescindible incluso si la lucha de clases proletaria ha de llegar a su máximo poder y claridad en el estadio actual. Pero lo que me parece totalmente equivocado es querer determinar el *momento* de una huelga de masas a través de una discusión teórica en la prensa. Ese gran entusiasmo y el rencor que son los únicos que pueden ayudar a que la huelga de masas sea una irrupción triunfante, no pueden ser conservados como un embutido en una alacena. Se habrían disipado antes que pudiese ponerse en marcha una discusión.

Este es el punto de vista que desarrollé hace seis años. Si hoy todavía lo defiendo es porque desde entonces no he conocido hechos o argumentos que demuestren lo contrario y sí, en cambio, muchos en su favor. De ningún modo lo he defendido ahora porque tuviera la ocurrencia de frenar nada. La camarada Luxemburg parece imaginar un placer perverso cuando en alguna oportunidad un marxista frena algo. Ella se inclina por el látigo.

Pero dejando de lado el hecho que, incluso el más enérgico radical no encontrará necesario fustigar a la camarada Luxemburg, debo confesar que estoy acostumbrado a defender mis convicciones sin preocuparme en cada situación si ello actúa como látigo o como freno.

Ya mencioné más arriba que la defensa de mi punto de vista en la cuestión de la huelga de masas en la época de la revolución rusa me enfrentó con Eisner y Stampfer. Si ahora entro en conflicto con una camarada con la que he luchado hombro a hombro en más de un combate, esto me resulta altamente indeseable. Pero no por ello puedo modificar mis ideas. *Amicus Plato, magis amica veritas* [Amigo de Platón, pero más amigo de la verdad]. La cuestión sobrepasa a las personas.

VII Estrategia de desgaste y lucha electoral

Y ahora unas pocas palabras más sobre la estrategia de desgaste.

El lector no debe temer que a las catorce páginas de la camarada Luxemburg yo conteste con otras catorce páginas mías. Se burla de mí porque (evidentemente de pasada) hago una observación sobre la estrategia romana de desgaste, pero ella trae a su vez más de una página de citas de Mommsen, que no demuestra nada a los fines de nuestra discusión, pero que evidentemente para la camarada Luxemburg tienen el encanto de darle la oportunidad de una serie de comentarios maliciosos y despreciativos acerca de la dirección del partido, la comisión general y yo mismo. Si por encima de esta cuestión la camarada Luxemburg tuviera un verdadero interés objetivo en la cuestión de la estrategia de indecisión romana, entonces la remitiría al primer tomo de la *Gechichte der Kriegskunst* [Historia del arte de la guerra], de Dehlbrück, en la que, en base a las investigaciones más recientes, que se contraponen con las del viejo Mommsen, se justifica esa estrategia.

Más importante sería ponerse en claro con la camarada Luxemburg sobre nuestra táctica actual. Pero tampoco esto promete ser muy fructífero dado que ella encarrila desde el comienzo al asunto por una vía equivocada cuando observa que simplemente bajo la designación de “estrategia de desgaste” yo no entiendo otra cosa que el “nada-más-que-parlamentarismo” contrapuesto a toda acción de masas. De dónde saca esta opinión no lo sé nunca he dicho nada semejante.

Como estrategia de desgaste yo designo a la totalidad de la práctica del proletariado socialdemócrata hasta el presente desde fines de los años sesenta. Creí que

ésta sería lo suficientemente conocida como para que no hubiese que aclararla previamente. Esta práctica tiene como objetivo llevar de un modo tal la guerra contra el estado y la sociedad imperantes, que el proletariado se fortalezca constantemente y sus adversarios se debiliten continuamente, sin dejarse arrastrar a un enfrentamiento decisivo mientras seamos los más débiles. A nosotros nos sirve todo lo que desorganiza a nuestros adversarios y socava su prestigio y la seguridad de su fortaleza, así como todo lo que organiza al proletariado, aumenta su sagacidad y su sensación de fuerza y la confianza de la masa popular en sus organizaciones. Para ello no basta el parlamentarismo, también son necesarias las luchas exitosas de movimientos salariales y demostraciones callejeras. Justamente la reciente campaña de demostraciones fue una muestra de una exitosa estrategia de desgaste. Si siempre debiéramos actuar frente a las masas como un látigo, entonces, después de la prohibición de la reunión en el parque de Treptow el 6 de marzo tendríamos que haber invitado a las masas a enfrentar a la prohibición, aparecer armadas e imponer por la violencia la realización de la reunión. Eso hubiera sido la estrategia del asalto directo. Estrategia de desgaste fue evitar al enemigo allí donde nos esperaba, engañarlo con una maniobra que mostró con la máxima claridad la superioridad de nuestra organización sobre la suya. Con ello aumentaron considerablemente tanto la conciencia de sí mismas de las masas como la confusión de nuestros adversarios.

Es así que estoy muy lejos de predicar el “nada-más-que-parlamentarismo”. Pero esto no es razón para subestimar la significación del parlamentarismo. En las condiciones políticas que están dadas, no hay ningún medio, salvo una huelga de masas triunfante, que tenga un efecto moral tan grande como un gran triunfo electoral.

Una de las tareas principales de nuestra estrategia consiste en aumentar el sentimiento de la fuerza del proletariado y la confianza de la masa en nosotros. Esto se logra a través de éxitos visibles. Nada es tan exitoso como el éxito, dice un refrán inglés. Cuanto más fuerte aparezca el partido para las masas, tanto mayor será el entusiasmo con que confluirán hacia él, tanto mayores sus exigencias, su audacia, hasta que finalmente no sigan al partido sino que lo empujen adelante.

Pero hay pocos éxitos que le documenten tan patentemente a la masa nuestra creciente fuerza como los triunfos electorales, la conquista de mandatos nuevos. Las masas no llevan estadísticas, no siempre pueden seguir suficientemente el desarrollo económico y político. La prensa partidaria muchas veces le es inaccesible y la prensa adversaria mentirosa. Pero por más que mienta y falsifique, los mandatos ganados no los puede ocultar.

Como toda búsqueda de éxito, también la búsqueda de mandatos puede llevar a errores, inducir la aplicación de medios que sacrifican el éxito futuro al éxito inmediato. Es natural que haya que oponerse constantemente a esta tendencia, pero esto no es un obstáculo para que todo mandato conquistado a través de la agitación de principios sea un gran éxito que vivifica y entusiasma a la masa popular, que hace avanzar nuestra causa. Nosotros tenemos que entrar en las luchas electorales para propagandizar nuestros principios y rebatir los de nuestros adversarios, pero también para conquistar circuitos electorales y con ello documentar nuestra creciente influencia en el pueblo y seguir aumentándola.

Ahora bien, la presente situación nos posibilita, si cumplimos con nuestro deber, conquistar un triunfo electoral de una fuerza tal que se convierta en una catástrofe para el régimen imperante.

¡Está idea despierta naturalmente gran sarcasmo por parte de la camarada Luxemburg! Ella piensa: “Si triunfamos, la medida de ese triunfo ya lo vamos a experimentar. Saborear los triunfos futuros por adelantado no está en el modo de ser de

los partidos revolucionarios serios”: esto sólo le pasa a la gente tan poco seria, tan totalmente despojada de toda sensibilidad revolucionaria como nosotros.

Y luego pregunta la camarada Luxemburg: ¿Qué es lo fundamental que cambiaría si realmente conquistásemos 125 mandatos? Seguiríamos siendo una minoría y nada cambiaría si nuestros adversarios no se dejan arrastrar a un golpe de estado. Por lo tanto, “podrá dejarnos bastante fríos la cuestión de si conquistaremos más o menos mandatos en las próximas elecciones”.

Este es un sermón moralista muy severo. Pero también el predicador más severo puede pecar alguna vez. En el artículo de la *Arbeiterzeitung* de Dortmund, que generó nuestra discusión, nuestra seria y revolucionaria camarada declaró que las masas podrían alcanzar un grado de esclarecimiento y entusiasmo tal que “hiciera de *las próximas elecciones un ensordecedor Waterloo para el sistema imperante*”.

Esto es exactamente el mismo “saborear los triunfos futuros” por el que recibí mi sermón.

Esto no quiere decir que en este punto estemos totalmente de acuerdo. La camarada Luxemburg espera el grado necesario de esclarecimiento y entusiasmo de las “más amplias masas” (que convierta a las elecciones para el Reichstag en un “ensordecedor Waterloo” para nuestros adversarios), de una huelga de masas que habría de desarrollarse con anterioridad a las elecciones. Y esto me resulta difícil de entender. O triunfa la huelga de masas, y entonces es ésta la que se convierte en un “ensordecedor Waterloo” para nuestros adversarios que ninguna elección para el Reichstag podría ya sobrepasar, o la huelga de masas no triunfa y entonces se convierte en un “ensordecedor Waterloo” para *nosotros*, y se requiere mucha “seriedad revolucionaria” para “saborear” por anticipado los “triunfos futuros” generados por una derrota semejante.

Con esto hemos vuelto otra vez al punto de partida de la discusión. Resumámosla en pocas palabras al menos una vez, pues podría haberse perdido en la cantidad de detalles que fueron surgiendo. La camarada Luxemburg declaró a comienzos de marzo que las demostraciones callejeras habían sido superadas, que había que poner en práctica medios más poderosos. Que habría llegado el momento de aplicar la resolución de Jena.

A ello le contesté que la intensidad de la agitación, que sin duda alguna reinaba en las masas, todavía no había alcanzado aquel nivel que en el caso específico de las condiciones alemanas permitiría esperar una huelga de masas triunfante. Pero si ésta no era de esperar en las condiciones dadas, entonces había un solo medio para llevar la acción más allá del estadio alcanzado: las próximas elecciones para el Reichstag. Estas se realizarían con las mejores perspectivas para nosotros. Hacia ellas deberíamos dirigir desde ya nuestra atención y todo el esfuerzo. Las nuevas elecciones generarían una situación completamente nueva, que hoy no podría determinarse. De todas maneras, de un gran triunfo electoral surgiría en la masa una sensación de fuerza tanto mayor, un nerviosismo de los adversarios tan incrementado, que a partir de ahí podría generarse una acción de masas que terminase en una huelga de masas, para la que habría perspectivas de triunfo mucho más amplias que en la actualidad.

Dado que yo contemplo la huelga de masas como una acción que se genera a partir de la presión espontánea de la masa, es evidente que no puede haber decidido que este no es el momento de la huelga de masas, como podría suponerse en base a algunas afirmaciones de la camarada Luxemburg, para anunciarla para el período posterior a las elecciones. Yo la considero como un hecho elemental, cuya aparición no se puede producir a voluntad, que puede ser esperado pero no provocado.

La camarada Luxemburg ha descartado con sarcasmo mis apreciaciones sobre las elecciones para el Reichstag. Pero a pesar de todo lo que ha dicho en su contra,

inútilmente busco otra consigna actual y concreta que ella oponga a la mía. En marzo exigía de nosotros “una consigna” para el “próximo paso” que debíamos emprender y que tendría que ser la huelga de masas. Hoy ya sólo habla de la necesidad del *debate* sobre la huelga de masas, debate que “se convierte en un medio extraordinario para sacudir a capas indiferentes del proletariado, atraer hacia nosotros a simpatizantes proletarios de los partidos burgueses, en particular del centro, preparar a las masas para todas las eventualidades de la situación, y por fin preparar también de la manera más eficaz las elecciones para el Reichstag”.

Es decir, que ya no habla de la necesidad de la *acción* a través de la huelga de masas como próximo paso anterior a las elecciones para el Reichstag, sino de la necesidad de la *agitación* para la *preparación de las elecciones para el Reichstag*, en la que debe tratarse también la huelga de masas.

Si esta es la consigna que ella lanza ahora, entonces me pregunto: ¿cómo justifica el desprecio por mi punto de vista?

¿O quiere defender todavía el punto de vista que exponía en su artículo para la *Neue Zeit* a principios de marzo, cuando afirmaba que ya había llegado el momento de la aplicación de la resolución de Jena? ¿O quiere sostener que entonces, a principios de marzo, había sido el momento adecuado para ello y que sólo la redacción de la *Neue Zeit* habría asfixiado en su embrión a la revolución, al negarse a “cumplir con su deber” publicando el artículo de la camarada Luxemburg?

A todo esto no hemos encontrado respuesta en su artículo ni a la cuestión de cómo se imagina la camarada Luxemburg una huelga de masas en las condiciones alemanas. Como resultado de su nueva estrategia no queda en pie más que un puñado de signos de interrogación.

Alejandría Proletaria

germinal_1917@yahoo.es

Valencia, julio de 2018



[Consulta nuestro catálogo](#)

Edicions internacionals Sedov



[Y el de nuestro sello hermano](#)
